

Y LOS SABEDORES HABLARON

En las culturas afrocolombianas del Pacífico los sabedores mayores son esenciales para unir el mundo espiritual y físico. Son la guía del pueblo en la vida y la muerte por sus años de experiencia, dedicación a la comunidad y al conocimiento ancestral.

Es por eso que el Departamento de Artes y Humanidades, el Departamento de Pedagogía y el Centro de Estudios Afrodiaspóricos de la Universidad Icesi, decidieron reunirse con los sabedores del mundo de la literatura. Las investigadoras Jenny Valencia, Ángela Mañunga y Ángela Hurtado entrevistaron a profesores universitarios, escritores y estudiosos de la literatura afrocolombiana, para conocer su perspectiva y dar luces sobre cómo incluirla en los colegios de Cali y de Colombia.

Así, charlaron con la espontaneidad y humor de la escritora Mary Gueso. Ella habló del coraje y la creatividad que se necesita para abordar literatura afro en el aula. Hizo gala de su memoria en un recorrido de autores e investigadores del mundo afrocolombiano.

El maestro Darío Henao se enfocó en la necesidad del diálogo entre los distintos ciclos de la academia. Además, abrió el espectro literario basado en su contacto con las culturas africanas, para ver la cultura afrocolombiana dentro de una red mundial.

Fabio Gómez, estudioso de la interculturalidad, quiso destacar la importancia del desaprendizaje y la descolonización de las ideologías racistas que se han impuesto en el inconsciente colectivo. Para él es fundamental desacomodarse de las ideas tradicionales para hacer una lectura intercultural a las obras fundacionales del país.

No se nos escapó el maestro Alfredo Vanín, un literato y estudioso reconocido por los sabedores entrevistados, que quiere romper las lecturas hegemónicas, salir de los relatos costumbristas y mostrar la literatura afro en diálogo con la literatura universal.

Santiago Arboleda abordó la complejidad y la profundidad que se requiere para abarcar a la literatura afro en todas sus dimensiones; la amplitud geográfica, social y las diversas maneras en que se expresa la afrocultura.

Para cerrar, la investigadora María Isabel Mena nos mostró la importancia de su incesante lucha por la etnoliteratura, la dignificación de la cultura afrocolombiana en los colegios y las repercusiones que trae en la vida de los niños y niñas colombianos.

Los sabedores hablaron y he aquí su palabra.

FABIO GÓMEZ

EL INDIVIDUO DEL FUTURO
NECESITA QUE LO NARREN

ENTREVISTA POR **ÁNGELA HURTADO**

La violencia étnica en la literatura es el tema central de las investigaciones del profesor de la Universidad del Valle, Fabio Gómez Cardona. Esa fue su tesis de grado en el doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, que realizó en la Universidad Universidad Michelle de Montaigne de Francia. Y desde allí, ha puesto sus ojos en obras emblemáticas de la identidad colombiana como *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, o *Risaralda*, de Bernardo Arias Trujillo.

Esa mirada crítica lo ha llevado a buscar dos lados de una misma moneda, la violencia representada en las novelas de literatura colombiana y la violencia que reflejan las palabras de quienes las escribieron.

La ficción fundacional y el diálogo intercultural fueron el eje de esta entrevista realizada por Ángela Hurtado.

A.H **ÁNGELA HURTADO:** *Cuando se les pregunta a los profesores de colegio de Cali por qué no incluyen literatura afrocolombiana en su currículo, muchos responden que ese enfoque no lo vieron en la universidad. Usted podría ser un pionero en la inclusión de esa perspectiva. ¿Cómo lo ve usted?*

F.G El conocimiento de lo afro en la literatura es muy precario, por razones de tipo histórico que les han negado al hombre y a la mujer afrodescendientes un lugar digno y merecido en la sociedad colombiana y su valioso aporte a lo que hoy es Colombia. La negación, que es una forma de discriminación y violencia de nuestros pueblos, ha incidido en la formación del imaginario cultural de todos los colombianos, incluyendo los profesores de primaria, secundaria y universitaria. Nuestra sociedad sigue marcada por ese lastre del racismo.

A.H *Sus investigaciones dan otra mirada a las obras enmarcadas en ficción fundacional, para nuestros lectores puede explicar un poco más ¿qué se entiende como literatura fundacional?*

F.G Son aquellas obras que han contribuido a establecer el carácter y la identidad de lo que se entiende como una nación. La nación colombiana se empieza a forjar a partir del movimiento de la independencia política de España. Así que esta construcción se ve reflejada o canoniza unas ciertas obras literarias a las que les confiere ese valor, ese significado de que aquí estamos nosotros, esos somos nosotros. Son fundacionales de esa identidad nacional. El caso más claro es el de *María. La Vorágine*, por la polémica que generó al publicarse, se demoró mucho en adquirir ese carácter canónico y fundacional que hoy tiene.

Esta es una forma de entenderlo, pero es una forma muy cuestionada y muy cuestionable, porque hay que reconocer que ese carácter de lo nacional, que se forjó más o menos en los primeros cien años de la República, se estableció sobre la base de la invisibilización de los grupos étnicos y de su aporte. Se instauró sobre la idea de que éramos un pueblo homogéneo, y esa homogeneidad le daba el carácter a nuestra cultura de una tradición puramente hispánica y católica. La lengua era una, lo dice y lo propone el poeta Guillermo Valencia, “una sola Patria, un solo dios, una sola lengua”. Esa unidad dejaba por fuera de la colombianidad a más de 60 lenguas indígenas, las lenguas criollas, el palenquero. Esa falsa homogeneidad de la nación fue lo que perduró hasta bien fines el siglo XXI.

A.H *¿Obras como Lejos del Nido, de Juan José Botero, o Risaralda, de Bernardo Arias, entran en la literatura fundacional?*

F.G De cierta forma sí, pero no todas. *Lejos del Nido* no es una extraordinaria novela desde el punto de vista literario artístico, pero es una novela que alcanzó altísimo grado de popularidad. Eso que hizo que fuera llevada a la radio, a la televisión con varias reemisiones. Varias generaciones de colombianos crecieron consumiendo este tipo de literatura melodramática en donde el tratamiento que se le da al indígena y al negro sigue siendo un tratamiento de discriminación racial en que los tildan de bárbaros, salvajes o criminales. Mientras que los blancos, o los que se dicen blancos, son una especie de gente superior llamada a dominar y mandar sobre los demás. En ese sentido esa novela cumple con ese ideal que se tenía, que tenían ciertas élites.

A.H *En ese sentido usted desarrolla el concepto de violencia de la representación....*

F.G Cuando hablo de la representación de la violencia y la violencia de la representación, lo veo como dos caras de una moneda. Una, es que la historia de Colombia ha estado marcada por la violencia social, política y económica. Muchas novelas representan esas situaciones. Los autores presentan esta problemática con una cierta intención o búsqueda de denuncia, de clamar justicia y buena parte de la literatura de fines de siglo XX es literatura de realismo crítico que denuncia la injusticia.

La otra cara de la moneda es que, a pesar de las buenas intenciones de los escritores, cuando desarrollan estas historias, tienen su propia ideología, de la cual les es imposible escapar. Estos escritores caen en los estereotipos manidos, esa visión homogénea de lo que tiene que ser el hombre colombiano, culto, civilizado. Así, en sus representaciones de los indígenas o de los afros caen en esos estereotipos basados en las ideas del racismo que se han forjado a lo largo de los años en Colombia.

Trato de mostrar cómo la segunda cara, la violencia de la representación, niega la intencionalidad primera que tenía el mismo autor. Pues al mismo tiempo que intenta denunciar, está ejerciendo una terrible y profunda violencia simbólica en la manera en que representan a nuestras comunidades étnicas.

A.H *¿Cómo se ve esto en Risaralda, por ejemplo?*

F.G El autor, Bernardo Arias Trujillo, enuncia desde el comienzo de su relato que su intención es hacer un homenaje y una exaltación de la raza negra, que está asentada en el lugar en donde ahora existe el municipio de La Virginia, Risaralda. Pero luego, cuando se lee el desarrollo de los eventos y de la novela, la representación que Arias hace de estas comunidades afro los muestra como unos salvajes, que no piensan sino en la juerga, en la borrachera y que finalmente se merecen que llegue el antioqueño o el paisa a apoderarse de los territorios y a civilizarlos. Entonces termina siendo una exaltación de la raza antioqueña, de la colonización antioqueña y del hombre blanco. Está representado en el imaginario de lo que es el paisa, el paisa sí es trabajador, sí es honrado, y es el que va a sacar a los afros de esa barbarie en la que viven.

La Vorágine es otro ejemplo, la descripción y evaluaciones que hace Arturo Cova acerca de los nativos son terribles a pesar de que son los nativos son los que lo están ayudando a sobrevivir en la selva. Un *leitmotiv* de los escritores colombianos de esos primeros cincuenta años es que son pueblos o tribus condenadas a desaparecer, tienen un destino marcado, porque se quedaron atrás en el camino del progreso. Es la concreción de las ideas racistas que se propugnaban desde el siglo XIX en Europa y que aquí en Colombia alcanzaron hasta finales casi del siglo XX.

A.H *Estas son obras que se leen en los colegios, pero no con esa mirada. Incluso, a Risaralda la exaltan el Día de la afrocolombianidad. ¿Por qué no hay una ruptura para contar la violencia de la representación?*

F.G A mí se me ocurre una respuesta, y puede haber explicaciones más profundas. Diría que la cuestión es que la ideología se reproduce, se eterniza. Es muy difícil cambiar los hábitos mentales con los que hemos sido educados. Somos pueblos colonizados, y esa colonización no sólo fue una cuestión de tipo de orden económico o político. Lo más triste y terrible fue una colonización espiritual. La colonización de los espíritus consiste en que nosotros no pensamos por nosotros mismos, sino que en nosotros piensa una ideología, que es la de aquellos que nos dominaron.

Independientemente del color de la piel, al identificarnos con ese ideal de colombiano con el que hemos sido educados durante generaciones, es como si nos pusieran una venda que solo nos permitiera mirar en un único sentido, el ser católico, la educación de la escuela, el castellano. ¿Cómo liberar nuestros espíritus de ese lastre colonial que lleva más de 500 años? Haría falta una profunda labor de desaprendizaje y de reeducación de nosotros mismos.

A.H *¿Cómo aplicar ese desaprendizaje a la escuela?*

F.G De nada nos serviría proponerles un cambio de texto, de autores, de temas, a los niños en el colegio si los maestros, los profesores, los padres de familia y la sociedad continúan repitiendo los esquemas ideológicos. La única manera efectiva es cambiando la mentalidad de todos los colombianos. Cambiando la educación, lo que se hace en el aula, lo que se enseña, eso sería lo mínimo.

Se requiere que los maestros reflexionaran sobre esa situación y eso es difícil. Por ejemplo, ¿cuál es la valoración del afrocolombiano en la escuela, la sociedad y la historia? Es el descendiente del esclavo, y se valora por la fuerza del trabajo, la fuerza física, su flexibilidad, el bailarín, el deportista. No lo podemos ver como descendiente de unas naciones que fueron grandes y poderosas en el África medieval o antigua. De entrada lo vemos como un subhumano, porque ese fue el tratamiento que se les dio a los africanos.

Mientras que el colombiano común y corriente siga viendo lo afro de esa manera, con todas las construcciones ideológicas y estereotipadas que las élites ilustradas hicieron durante la colonia y época republicana, muy difícilmente se puede cambiar. Hay que hacer un esfuerzo notable, una gran lucha a nivel educativo y social para transformar esas construcciones que nos siguen dominando. Así se promulguen leyes, el racismo sigue rampante. En los medios de comunicación, en ciertos políticos que se creen muy inocentes pero están cargados de discriminación. Es una lucha difícil, pero hay que darla.

A.H *Es evidente que en las obras que ha investigado destaca siempre la confluencia de las étnias y culturas colombianas. ¿Esa mirada intercultural es un primer paso?*

F.G Es una de las grandes apuestas que podríamos hacer para la transformación de la sociedad. Fundamentarla en una filosofía y en unas prácticas de la interculturalidad, entendida como un diálogo entre iguales. Es una utopía, porque hasta el momento la interculturalidad se ha dado como un conflicto. En las novelas que yo he trabajado se ve la confluencia.

Por ejemplo, la novela *Andágueda*, de Jesús Botero, se desarrolla en una zona minera del Chocó, donde conviven el pueblo indígena embera, los afro que continúan haciendo la explotación del oro, y los blancos o los paisas, en su avanzada colonizadora y de apropiación de las minas. Allí, se refleja de alguna manera una situación real de la sociedad y cultura colombiana. Muestra cómo se pueden establecer relaciones de violencia, pero también de solidaridad. Esa sería una oportunidad para poner en práctica una filosofía del respeto por la otredad, que en la historia todavía no se ha dado, pero creo que si exploráramos cómo se da en la sociedad colombiana, nuestro mundo empezaría a transformarse.

A.H *¿Entonces existen esas obras que muestran la solidaridad intercultural?*

F.G La cuestión es la perspectiva con la que se lee. Si yo no tengo la sensibilidad frente a lo intercultural, en la obra sólo veo aquello que confirma mis creencias y mi ideología. No estoy en capacidad de ver el encuentro y el desencuentro que se da entre los grupos humanos. Es el cambio de perspectiva, cuando decía que tenemos que desaprender, descolonizarnos, es como desubicarnos de la comodidad de las lecturas que siempre se han hecho y probar a hacer lecturas diferentes, incluso de las mismas obras.

Las obras que hemos mencionado dan muestra de rasgos de solidaridad y también de violencia. En *La Vorágine*, los indígenas son los que protegen a esos hombres que colonizan la selva. Los guían, los llevan en sus canoas. Los indígenas son muy solidarios con esos blancos que les están trayendo la miseria. En el caso de *Andágueda* uno ve una amistad entre indígenas y negros, incluso con los paisas. Pero llega un momento que aparece el maltrato. Dan cuenta de ambas cosas. Lo bonito es poder darse cuenta de eso. Mucha gente lee las obras y esos asuntos pasan desapercibidos. ■